

Inspiración, por cierto, no le falta a la Tercera Sinfonía de Brahms a lo largo de sus cuatro movimientos, de los que el tercero de ellos, como tantas veces se ha recordado, alcanzó una extraordinaria popularidad al ser utilizado en el inolvidable film *Aimez-vous Brahms* que protagonizaban Ingrid Bergman e Ives Montand sobre la novela homónima de François Sagan, en el bien entendido de que la música de la película correspondía al compositor francés de cierto renombre George Auric. Pero constituiría una lamentable error, esperar a la llegada de este tiempo central de la Sinfonía, para dejarnos cautivar por una música que desde el tema inicial parece descender desde los cielos y sumergirnos en un clima de ensoñación del que acabarán despertándonos muy suavemente los dos últimos acordes en pizzicato de toda la cuerda con los que termina su primer movimiento. Para el Allegro final queda la palpable demostración del compositor para que la orquesta se transforme en un medio sonoro absolutamente personal, haciendo, a la vez, uso de sus mejores recursos en el arte de la construcción sinfónica, mediante la utilización de una técnica que tiene bastante que ver con el desarrollo cíclico empleado también, como antes se indicaba, por Schumann.

Como telonera de este excelso par de sinfonías, escucharemos la obertura de *Oberón* o *El juramento del rey de los elfos*, un singspiel compuesto por Carl María von Weber, sobre una leyenda que se remonta al siglo IX.

Para reconciliarse con Oberón, su esposa le exige, nada menos, que encontrar una pareja de amantes verdaderamente fieles. El envite resulta, naturalmente, laborioso y por la escena y entre sueños van pasando un sin fin de personajes: desde el caballero Hugo de Burdeos y su escudero, el de la trompa mágica, hasta esclavos y esclavas, piratas, hadas, duendecillos, concubinas del harén en Túnez de Almanzor entre una lista interminable. La aventura naturalmente, tiene un final feliz, pero lo que ha quedado de ella no han sido sus fantásticas aventuras (Wieland y Shakespeare andan de por medio), sino la singular belleza de la maravillosa música que Weber dejó escrita poco antes de morir, y que la obertura resume de excelente manera, dando la sensación, además, de ser un anuncio premonitorio del lenguaje wagneriano. La ópera fue estrenada el 12 de abril de 1826 en el antiguo Convent Garden. Como sentenció un célebre historiador: "En el umbral de la muerte Weber compuso un canto inigualable al amor y la esperanza".